

LOS ANALES DE MULEY(2ª PARTE)(22)

Autor: YUSUF AL-AZIZ
Categoría: Varios / otros
Publicado el: 21/12/2015

LIII

Mi “señorito” entró
requiriendo pernada,
pasión desenfrenada
de sus pupilas salía
y con rabia satinada
su frenesí escondía.

<<Mi derecho de pernada
he venido a reclamar
de una manera formal
dentro de la tradición>>

-dijo sin parpadear,
sin ninguna sensación-.

Venía muy calentó,

arrebatado, consciente,
con claridad en su mente
y henchido de poder,
sabía que era suficiente
para su voz imponer.

Aquel hombre jadeante
respuesta esperaba,
su mirada se estrellaba
en las sombras de la noche,
con su actitud desterraba
cualquier mínimo reproche.

El silencio lloraba
su desconsolada pena
en aquella alegre cena,
el frenesí y el amor
eran una lúgubre trena
donde reina el dolor.

Me quedé pálido, quieto,

en la tristeza sumido
y totalmente perdido,
sin poder reaccionar,
me encontré desprotegido
sin nada en que pensar.

Me dejó anonadado
el inesperado evento,
pensé que sería cuento
en la noche de esponsales,
que sería un momento
de guasas personales.

Callaba el silencio
y comprendí mi torpeza,
afloró en mí la tristeza
y la situación asumía,
palpitó tanta crudeza
que el aliento me dolía.

Quise imponer cordura

en semejante ocasión

y rebajar la tensión,

con asombro le miraba

henchido de confusión,

más recelo radiaba.

 Mi madre estaba serena,

como un día sin viento,

esperaba el momento

del compromiso cumplir

olvidando el tormento

que pudiera producir.

 Le complacía la visita

y su orden esperaba,

complaciente le miraba

desterrando su dolor,

su complacencia mostraba

ahogando su pundonor.

 <<Se cumplirá la pernada,

se acatará el destino>>

-dijo con rostro cetrino

mi madre algo descentrada-

Le recordó el camino

que un día fue agraviada.

Saque fuerzas de flaqueza

de donde no las tenía,

le increpaba, le pedía

que no fuese complaciente,

pues razones yo tenía

para ser alto consciente.

Me miraba sin recelo.

Dije con autoridad:

mi total felicidad

depende de este empleo.

Mi orgullo, mi dignidad,

los mandé todo a paseo.

Yo me sentía cerval

ante aquel rostro sereno

e intenté poner freno

a extraña situación,

pisaba un campo de cieno

hinchido de pudrición.

Con pena mi madre dijo:

<<Viene de antaño, mi padre

también entregó a mi madre.

Todo en esta vida pasa,

más no hay perro que ladre

en esta humilde casa>>

Comprendí aquellas palabras

de una madre resignada,

el derecho de pernada

también le salpicó,

a ella quedó abrazada

y hoy rememoró.

Mi esposa quedó inmóvil,

viendo el tiempo pasar
sin nada en que pensar,
se encontraba abstraída,
en éxtasis, sin hablar,
la veía confundida.

Y sus pechos jadeaban
como bombas de presión,
perdió su pasión
en un efímero instante;
vio tanta confusión
que se creyó una mutante.

Su mirada lánguida
y fija en la puerta,
comprobaba su cierta
y dura realidad,
se sentía cubierta
con mantas de soledad.

Su erguida fisonomía

el silencio quebraba,
con rabia contemplaba
tan ridícula escena
y mustia esperaba
el resurgir de su pena.

No tenía ni voz ni voto
y callaba desolada,
se veía avasallada,
convidada de piedra,
se sentía humillada
tan fuerte como la yedra.

Como vulgar meretriz
de la casa salió,
en la mansión penetró
con paso firme, seguro,
en la noche se perdió
diluyendo su futuro.

Me recordaba otros tiempos,

donde el señor feudal,

en la noche nupcial,

por ley, podía yacer

con su súbdita formal

y demostrar su poder.

Pero es tiempo venidero

y todo está en olvido,

hoy no está permitido,

pero manda el hacendado,

pues un pueblo oprimido

asume lo encomendado.

Al ver salir a su nuera

mi buena madre sonrió,

con alarde suspiró

y se santiguó con fe,

a calla dientes rezó,

más con alivio la miré.

Se cumplió su deseo,

más yo estaba marchito,
me sentía un maldito
en un mundo de lamentos
donde cualquier escrito
esconde muchos espantos.

Tras la ventana esperaba
el radiar del nuevo día,
pesadumbre acudía
a mi alma desolada
y taciturno sufría
ignominia obligada.

No tuve valor de hombre,
ni coraje de varón
para mostrar mi aflicción,
miraba con languidez
a cualquier frío rincón
tapando mi palidez.

Angustiado soporté

aquella noche amarga,
tétrica, gélida, larga,
que se puede soportar,
fue elevada carga
que tuve que aguantar.

 Mi madre se acostó
con su augurio cumplido,
con su hogar protegido
y con su alma serena,
yo estaba confundido,
pues en ella no vi pena.

 Cuando despuntó el día
vi salir a mi mujer,
quiso rauda correr,
más el cansancio la ataba
y le hacía padecer
cuando ella lo intentaba.

 Tétrica ella me miró

y yo lloré avergonzado,
me encontraba azorado
pensando en que hacer,
más me sentía premiado
con un mal que padecer.

¡Me dolió hasta el aliento!

Aversión vomitaba
y de ira me hinchaba,
me guarde mis quebrantos
al tiempo que sofocaba
mis frecuentes espantos.

Cabizbajo me quedé
requiriendo perdón,
allí perdí mi pendón
de amor y honestidad,
y quebré mi vocación
con mi falsa lealtad.

Amaneció un nuevo día,

negro, triste para mí

y sus signos comprendí;

alto su precio fue,

más mi pena escondí

y su dolor difuminé.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [YUSUF AL-AZIZ](#)

Más relatos de la categoría: [Varios / otros](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)